

vida por Pio IX y su santa Iglesia. El miércoles 19, a las nueve de la noche, espiró.»

Nos ha parecido bueno reproducir íntegra, para mayor edificación de todos, el acta auténtica del fallecimiento de la Srita. Amelia Lautard:

«El que suscribe, cura de la santísima basílica constantiniana de los Santos Apóstoles de Roma, certifico que en el registro XII de difuntos, letra N, pág. 283, se encuentra el acta cuyo tenor literal es el siguiente:

«El veintidos de Diciembre de mil ochocientos sesenta y seis:

«La Srita. Clara—Francisca—Amelia Lautard, de Marsella, hija del Sr. Juan Bautista Lautard, virgen piadosísima, mientras que el domingo pasado ofrecía a Dios su propia vida por la salud del Soberano Pontífice Pio IX, de Roma y de la Iglesia, ha sido atacada por la enfermedad, y habiendo recibido piadosamente los Sacramentos de la Iglesia, gozando de la plenitud de sus facultades, en oración, y rodeada de muchos sacerdotes y vírgenes, ha dado su alma á Jesucristo su esposo, con la mas grande serenidad, el miércoles 19, a las nueve y media de la mañana, en la casa calle Ripresa de Barberi núm. 175, a la edad de cincuenta y nueve años. Su cuerpo, al día siguiente 20, después de el *completum*, ha sido conducido, acompañado por una multitud de religiosos, a esta basílica, donde ha sido expuesto durante la mañana, según el uso de los nobles, y después del oficio y misa solemne, ha sido trasladado después de medio día, a la Iglesia de Santa María *in Ara Cæli*, donde ha sido sepultado en el sepulcro de las Hermanas de San José de la Aparición.

«Dado en Roma, etc.»

La copia de este documento, que hemos tenido a nuestra vista, está legalizada por S. E. el cardenal Patrizzì, vicario de Su Santidad.

Pio IX mismo ha querido se tributasen homenajes parti-

culares a la caritativa francesa. Los zuavos pontificios, tan justamente alabados por ella, son los que han llevado sus restos venerados a reposar, por un permiso especial del Santo Padre, bajo las bóvedas augustas del Ara Cœli, en el Capitolio.

¿Qué tenemos que temer, después de todo esto, por una santa causa que suscita semejante abnegación y tan nobles sacrificios? El éxito de la mentira podrá tener su corta duración; pero, según la gran palabra del Sr. Combalot, *el error es el torrente que pasa, la verdad es el Océano que permanece.*

*Una nueva víctima ofrecida á Dios por el triunfo de la Iglesia.—Sacrificio de las congregaciones religiosas por Pio IX.*

Hemos recibido la carta siguiente que nos ha sido comunicada por el religioso a quien se ha dirigido. Nuestros lectores se conmoverán y se enternecerán con su lectura:

«Paris, 29 de Enero de 1867.

«Muy reverendo Padre:

«Es necesario que os refiera el bello aginaldo que el buen Señor me ha hecho este año. La antevíspera de Navidad, me ha llevado a una de mis hijas en el espacio de tres horas; creo que el detalle de este hecho os interesará.

«Una hermana profesa, cuyo nombre en el claustro era N\*\*\*, acababa de terminar sus votos temporales, y fué admitida a la profesión perpétua. En los primeros días de Diciembre me dijo: «¡Madre mía, vos nos decís tanto que oremos por la Santa Iglesia! Yo no sé qué hacer; he pensado «ofrecerme como víctima y dar mi vida por la conversión de los grandes perseguidores de la santa Iglesia.» Yo le



po místico y en sus miembros; es decir, en la Iglesia y en los fieles, que, por el sufrimiento, nos trazan la imagen y se hacen participantes de su pasión. Esto es lo que nos descubre también San Juan en el Apocalipsis: «Apareció una señal en el cielo: una mujer rodeada del sol; tenía la luna bajo sus pies; su cabeza estaba coronada de estrellas, y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto.» Esta mujer es la Iglesia, y su hijo el pueblo cristiano. Ella pare en medio de gritos, porque sus sufrimientos son fecundos.

Estas palabras convienen también perfectamente, a la Madre de Dios, la nueva Eva. Ella ha venido a ser *la madre de todos los vivientes*, y por su caridad, ha cooperado, dice San Agustín al nacimiento de los hijos de Dios. Así, pues, ella ha adquirido este título en el Calvario.

Por consiguiente, las almas a quienes Jesucristo hace más particularmente instrumentos de su misericordia, reciben, por lo común, una gran parte de sus dolores. La antigua Iglesia considera a los mártires, como asociados a la redención; lo que ha hecho decir a Orígenes: «El bautismo de sangre de Jesucristo ha sido la expiación del mundo; así como el bautismo de los mártires, por el que muchos son purificados.»

También la historia de la Iglesia atestigua que la muerte de los mártires produce frutos maravillosos de salud, y Tertuliano ve en su sangre una semilla de nuevos cristianos.

El Salvador de los hombres, al tiempo de su pasión, no ha sentido solamente los sufrimientos de la carne: ha sentido también los dolores del alma. Él ha aparecido como el cordero inmolado y quemado sobre el altar; ha aparecido también como el macho cabrío, cargado de maldiciones y entregado a la soledad, a las privaciones, a los terrores. Así, no reproduce su imagen, no renueva su pasión solo en los que sufren el martirio, sino en muchas almas que sufren largos y silenciosos dolores. La Cruz se imprime en estos dos géneros de sufrimientos; los unos y los otros son fecun-

dos. Si el martirio de Estéban conquistó para la Iglesia a Pablo el perseguidor, las vigiliias y las lágrimas de Mónica obtuvieron la conversión de San Agustín. Las vidas de los santos están llenas de laboriosos alumbramientos. Un Juan de la Cruz, una Teresa, muchos otros, han comprado con tormentos inexplicables la gracia de formar a millares de justos y volver a su primer fervor a las comunidades relajadas; algunos presentan ejemplos visibles de sustitución: se ofrecen por los culpables, son heridos y aquellos se salvan. Son como los *corderos* de Dios, víctimas secundarias inmoladas después del Cordero sin mancha, y, por decirlo así, parte integrante de su sacrificio. El protestantismo no entiende nada de este lenguaje; temería quitar algo a los méritos del Salvador, y poner en el hombre una presuntuosa confianza, si hablase como habla y ha hablado siempre la Iglesia, Esposa única y muy querida de Cristo. Él no ha comprendido que los cristianos, por el bautismo, se han revestido de Jesucristo; que aquellos que son movidos por el Espíritu Santo son verdaderamente los hijos de Dios; que su acción y su oración son divinas; que por la unión del jefe y de los miembros forman como una víctima con Jesucristo, y que a este título, sus méritos y sus satisfacciones que toman del Salvador toda su virtud, suplen por su voz y son reversibles sobre sus hermanos.



respondí: «¿Si Dios os tomase la palabra? Estaría muy contenta, me dijo ella, esto sería una prueba de que le había «agradado mi sacrificio; solamente que si esto es ántes de «hacer mis votos, no me dejéis morir sin hacerlos.» Yo tomé esto por un exceso de celo, y no le dí ninguna importancia. La antevíspera de su muerte me dijo: «Madre mía, «tengo un dolor en la mejilla que me hace mucho mal.» Yo la contrarié diciéndole: «Para una víctima todo esto está bueno....» Nos fuimos a nuestra recreacion. La tarde de ese mismo día, me dijo que el dolor de la mejilla se había extendido al estómago, que no podía permanecer en la capilla; yo la envié a acostar. El sábado en la mañana, hice que la visitara un médico, el cual no dió ninguna importancia a la indisposicion, que él calificó de exceso de bilis. Todo el día del domingo estuvo regular, y al anocheecer, viendo que los remedios producian un efecto contrario al que esperábamos, me empecé a inquietar un poco. A las cinco la hice bajar a la enfermería; no tenia calentura, el pulso estaba bueno. Mandé buscar al médico. A las ocho me dijo ella: «Madre mía, tocad mi cara, está toda helada; sin embargo, me quemó interiormente.» Yo tuve el pensamiento de verle la lengua: la encontré glacial. El espanto se apoderó de mí. Sin esperar a la decision del médico, mandé buscar al padre D\*\*\*, aun era tiempo: cinco minutos ménos nos hubieran faltado: ella se confesó, recibió el santo Viático, la Extrema-Uncion, todas las indulgencias, pronunció sus votos, y renovó muchas veces su sacrificio. Despues de esto se incorporó en su cama como un guerrero, levantó los ojos al cielo, cayó sobre su almohada, y al cabo de tres minutos de una dulce agonía, dió el último suspiro con la calma de un ángel y la sonrisa en los lábios. El Padre oraba interiormente y pedia al Señor que el coro de las vírgenes viniese a buscarla; nuestra hermana espiró en el instante mismo en que dirigia al cielo su invocacion. El médico, que estaba presente, ha declarado que la enfermedad de la hermana N\*\*\*, era una peritonitis por perforacion;

enfermedad incurable. Este buen señor aun no puede expresar la emocion que ha sentido por esta querida difunta. No estando instruido de nada, se dijo a sí mismo: «Aquí hay una causa sobrenatural que yo no puedo definir.» Con el mas vivo placer recogió los detalles que os llevo referidos, y me dijo: «yo no hubiera dado ni por mil francos el no haber sido testigo de los últimos momentos de esta jóven hermana que está en el cielo....»

«Nosotras hemos guardado su cuerpo por tres días, a causa de las fiestas. En lugar de descomponerse, su cara toma un reflejo celestial que anuncia desde luego la felicidad de su alma. Dentro de poco no nos será posible orar por ella.

«Dignaos recibir, etc.—N\*\*\*, superiora de las Hermanas de las Prisiones.

—Se nos escribia el 28 de Febrero, de un monasterio de Carmelitas muy adictas a la santa Iglesia, las líneas siguientes que edificarán a nuestros lectores:

«Todas nuestras comunidades se han unido para atraer gracias mas abundantes a la santa Iglesia. Una hermana pasa un día entero en retiro y en oracion en cada convento desde el 2 de Diciembre pasado. Nosotras tenemos cerca de cien casas de Carmelitas; hay, pues, cada día cien religiosas de nuestra órden que interceden particularmente por el Santo Padre. Nuestra madre priora nos concede una comunión para el mismo objeto; cada una ora segun su devocion fuera de las cuatro horas de oracion de regla y del rezo del oficio divino. Yo no sé lo que se practica en los otros monasterios. El fervor tuvo principio en la comunidad de Arlés como una invitacion, sin ninguna prescripcion fija; nuestra *union* debe durar hasta el 21 de Abril. Durante un mes, hemos recibido siete circulares por hermanas difuntas; nosotras nos creemos muy dichosas al pensar que el buen Dios elige víctimas en nuestra familia religiosa. Nuestra hermana, primera sacristana, cree ser de este número y se regocija de antemano; fué administrada el 5 de Febrero por



el buen padre D\*\*\*, y el Divino Maestro, al visitarla, la detuvo en la puerta del cielo. Ha entrado lentamente en convalecencia; pero está tan sujeta a la voluntad divina, que no expresa otro deseo, más que el no querer otra cosa sino lo que Dios quiera y le ordene por nuestra madre priora."

---

*Un franciscano polaco ofrece su vida por Pio IX.*

Un franciscano del Ara-Cœli, el Padre Ladislao Drukling, de Lithuania, ha muerto la mañana de Navidad, despues de haber ofrecido durante la noche, su vida a Nuestro Señor por el triunfo de la Iglesia. Una gran emocion se ha sentido entre el pueblo de Roma cuando se conocieron las circunstancias de esta muerte, y más todavía, cuando se ha sabido cuáles eran la virtud, la piedad y la humildad de este religioso, desde su juventud. Precicado a expatriarse para escapar de la persecucion de los Rusos en 1835, se habia refugiado en Asís, en el convento de su Orden. De aquí se le habia enviado a Velletri, despues a Cori, en donde durante catorce años, habia edificado a la poblacion, no solamente por sus mortificaciones, sino tambien por los prodigios que la humildad de los Franciscanos tenia ocultos. Habiendo venido enfermo á Roma, guardaba cama desde hace mucho tiempo, cuando sus hermanos vieron con estupor, que se presentó al coro durante la noche de Navidad. Su cara ordinariamente deforme por las llagas, estaba radiante y no tenia esas señales asquerosas. Sus ojos brillaban con una dulce claridad. Se aproximó a la santa Mesa, despues de haberse confesado, volvió a su celda y dió su bella alma a Dios. Los fenómenos que han seguido a su muerte, han llamado fuertemente la atencion de la autoridad eclesiástica. Su cuerpo no ha sido sepultado sino despues de siete dias.

---

*El Hermano Néréo ofrece su vida por Pio IX.*

Durante la misma noche de Navidad, un hermano de las Escuelas cristianas, frances, conocido en la religion por el hermano Néréo, ha permanecido hasta el dia en la capilla de la casa de Monts, ofreciendo su vida a Dios por el triunfo de la Iglesia. Y Dios ha aceptado este holocausto, como habia aceptado el de la Srta. Lautard, como aceptó en este mismo momento el del Padre Ladislao. Al salir de la capilla, el hermano Néréo ha caído enfermo; dos dias despues, viérnes, murió abrazando su Crucifijo pronunciando palabras de edificacion y dando gracias a Dios. Su cuerpo ha sido expuesto hasta el lúnes siguiente, y ha sido sepultado sin que se le haya podido advertir alguna señal de descomposicion. Así, los Hermanos están instando para obtener la autorizacion para conservar los restos del buen siervo de Dios.

El hermano Néréo estaba en Roma hace 28 años, y habia ocupado varios cargos, complaciéndose siempre en la humildad y estimándose por muy dichoso con pasar de la subdireccion del establecimiento al empleo de portero. El procurador general, el hermano Anacleto, tenia costumbre de decir: «Nada me consuela más en mis fatigas que detener mi vista sobre el caro hermano Néréo. El es el modelo de la dulzura, de la paz, de la abnegacion y de la obediencia.»

Todos estos heróicos sacrificios pesarán en la balanza de la justicia divina y obtendrán el triunfo de la santa Iglesia.

Nosotros sabemos que la Redencion es perfecta, que su precio sobrepaja a todas las deudas, y que este precio fué ofrecido por todos; pero debe ser aplicada a cada uno para santificarlo, y esta aplicacion no se hace sin la oracion y los sufrimientos de la Iglesia, encargada de continuar el sacrificio de Cristo y de asociarnos a sus méritos. Jesus, despues de haber sufrido en su persona, debe sufrir en su cuer-